



*El Sonido de los
Almendros*

ALBERTO MUÑOZ DURÁN

EL SONIDO DE LOS ALMENDROS

por Alberto Muñoz Durán

El sonido de los almendros ©2019

por Alberto Muñoz Durán

ISBN: 9781077788091

Impreso en España

- **Maquetación y diseño:** Francisco J. Navarro ©2019

- **Corrección:** Vero Monroy ©2019

- **Ilustración de cubierta:** Tomás Auchterlonie ©2019

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, total o parcial, de esta obra en cualquier medio, físico o digital, salvo para los fines de reseña recogidos en la legislación vigente o autorización expresa y por escrito de su autor.

AGRADECIMIENTOS

A Ire, mi mujer, y Aitor, mi hijo, por ayudarme a crear esta historia.

A Francisco Navarro, Fran, por tenerme el aprecio de un verdadero amigo y realizar un gran trabajo de maquetación.

A Tomás Auchterlonie por la ilustración y profesionalidad.

A Verónica Monroy por la corrección y el trato mostrado.

A mis lectores y lectoras, porque ellos mueven el motor de mi pluma para seguir creando historias.

Índice

<u>PREÁMBULO</u>	<u>11</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>	<u>15</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>	<u>21</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>	<u>25</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>	<u>29</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>	<u>33</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>	<u>35</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>	<u>41</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>	<u>49</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>	<u>53</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>	<u>59</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>	<u>63</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>	<u>65</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>	<u>67</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>	<u>69</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>	<u>71</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>	<u>77</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>	<u>85</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>	<u>89</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>	<u>91</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>	<u>95</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>	<u>99</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>	<u>101</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>	<u>111</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>	<u>117</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>	<u>121</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>	<u>125</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>	<u>131</u>
<u>CAPÍTULO 28</u>	<u>135</u>
<u>CAPÍTULO 29</u>	<u>139</u>
<u>CAPÍTULO 30</u>	<u>143</u>
<u>CAPÍTULO 31</u>	<u>145</u>
<u>CAPÍTULO 32</u>	<u>149</u>
<u>CAPÍTULO 33</u>	<u>153</u>
<u>CAPÍTULO 34</u>	<u>159</u>

[CAPÍTULO 35 161](#)

[CAPÍTULO 36 165](#)

[CAPÍTULO 37 171](#)

[CAPÍTULO 38 175](#)

[CAPÍTULO 39 181](#)

[CAPÍTULO 40 187](#)

[CAPÍTULO 41 189](#)

[CAPÍTULO 42 193](#)

[CAPÍTULO 43 199](#)

[CAPÍTULO 44 203](#)

[CAPÍTULO 45 207](#)

[CAPÍTULO 46 209](#)

PREÁMBULO

Dios existe. Los monstruos, también.

Es posible que estando sumergidos en pleno siglo XXI dichas afirmaciones sean para echarse a reír sin parar. Hoy en día somos muy pocos los que tenemos huecos libres, dentro de nuestras vidas ajetreadas, para pararnos a pensar en ideas tan fantasiosas. Ahora lo que la mayoría necesita no es calentarse la cabeza con absurdecos que no están de moda, sino esperar impacientes a que salga a la venta el próximo dispositivo móvil, conocer el siguiente fichaje que realizará nuestro equipo favorito o contemplar el calendario anual para saber cuándo será la festividad que nos aparte de la monotonía diaria.

Pero si por el contrario eres de los pocos que, como yo, se cuestiona todo, alejando de la mente la conducta robotizada, entonces podrás entender por qué en *El sonido de los almendros* se habla de Dios y de los monstruos que viven en nuestro interior. Aunque, quizás, después de leer esta historia, que a fin de cuentas narra solo la experiencia de un hombre, ninguna de las convicciones que hasta ahora pensabas te ayude a creer en ellos. O sí...

En la antigüedad, ampararse en la intervención divina para comprender la creación del universo, las galaxias, los planetas y los animales que hoy conforman nuestro mundo era lo más sencillo. A lo mejor es cierto que una mano invisible y poderosa intervino con su pincel e ingenio para formar este paraíso único en el cosmos, o quién sabe si fueron la ignorancia o falta de conocimiento las que provocaban a ciegas esa apreciación latente. Lo cierto es que, independientemente de eso, resulta incuestionable que ser agnóstico en época de brujas solo valía para acompañar a esas míticas damas atemporales a la hoguera purificadora, así que tampoco se podía ir proclamando a los cuatro vientos que uno era ateo. Sin embargo, a medida que las matemáticas,

la física y la ciencia cogieron fuerza, la idea de que la existencia del «Supremo» fuese real fue perdiendo veracidad.

Dentro de esa cuestión enrevesada que, a día de hoy, sigue sin una fiable respuesta por parte de nadie, hay que destacar a la persona que marcó una época en nuestra historia. Su nombre, Stephen Hawking. El cosmólogo, genio indiscutible, nos dejó hace poco sin sus explicaciones revolucionarias. Pero antes de marcharse de nuestro lado, fue el tipo que más lecciones regaló. En una de sus increíbles intervenciones, posiblemente la que más adeptos y adversarios conquistó a partes iguales, aseguró que Dios no existe ni ha existido jamás.

Fue en la isla de Tenerife, siendo invitado de honor en el Festival de Astrofísica de *Starmus*, donde la voz informatizada del británico construyó la frase que derivó en tal división: «En el pasado, antes de que entendiéramos la ciencia, era lógico pensar que Dios creó el universo. Pero ahora la ciencia ofrece una explicación más convincente».

A pesar de ello, con la era tecnológica ganando la batalla a esas iglesias que siguen intentando recordar con su doctrina de dónde venimos, son muchos los que, aún negando sin tapujos la existencia del Creador, le rezan cuando el agua está a punto de ahogarles. Porque, queramos verlo o no, la fe es hermana de la esperanza; la esperanza, del amor y el amor, al igual que Dios, no necesita contemplarse para saber que se encuentra dentro de nuestro corazón.

En las próximas líneas descubrirás la vida de una persona que, sin ser científico, filósofo ni profeta, entendió la existencia de eso que no tiene explicación, aunque para ello antes tuvo que descubrir que los monstruos, del mismo modo que la fe, la esperanza o el amor también están más cerca de lo que podamos imaginar. Tanto que incluso él mismo estuvo a punto de convertirse en uno de ellos.

«El que lucha con monstruos debería evitar convertirse en uno de ellos en el proceso. Y cuando miras al abismo, él también mira dentro de ti».

CAPÍTULO 1

Mi nombre, Moisés, lo he llevado a cuestas desde siempre. Aún, a día de hoy, sigo sin saber si me lo pusieron aquellos que me dejaron tirado junto a la puerta de la Párrquia de San Vicente Mártir de Abando, en Bilbao, o fue Sor Florentina, La Madre Superiora y directora del orfanato Los Ángeles Blancos, quien decidió bautizarme con él cuando recogió mis llantos desesperados dentro de un cestón de mimbre.

Los primeros años de convivencia que pasé dentro de la casa cuna no destacan por encima de nada en particular, pero aún conservo en el paladar, por añadir algún dato curioso, el sabor de la insulsa comida con la que nos obligaban a alimentarnos en el comedor. Por todos es sabido que la gastronomía de Euskadi es espectacular, no obstante, la empresa que llevaba el menú en 1974 brillaba por su ausencia culinaria. Productos simples, congelados en su mayoría o, como se dice hoy, «matahambres» en toda regla.

Una de las cosas buenas que sí había en el hospicio, porque las había, era la rectitud de nuestros tutores. Estos, con la cara más seria que un tío de la Guardia Suiza, se esforzaban a diario para que todos los huérfanos fuésemos autosuficientes en tiempo récord. Algo duro si se mira con los ojos de unos padres modernos, pues en la actualidad son muchos los que siguen limpiándoles el culo a sus hijos incluso después de que estos hayan hecho la Comuni3n. Si es que la hacen, claro. Porque ahora hay dos vertientes distintas. O vivimos apartados de la religi3n considerándonos gente moderna o formamos un espectáculo dantesco que se compara más a una boda, con viaje a Disney incluido, para el niño o la niña de turno que no tiene ni idea del sacramento que acaba de realizar.

Gracias a esa rectitud mencionada con anterioridad, solo me hizo falta perder mi primer diente de leche para vestirme, hacer mi cama sin dejar arrugas en las sábanas, meter-

me cucharadas en la boca manteniendo la ropa limpia o peinarme con una raya perfecta el pelo moreno y nutrido que me caracterizaba por aquel entonces. Independencia acelerada, sí, pero efectiva.

No tener cerca a unos auténticos progenitores me sirvió también para acusar un carácter rebelde, inquieto y empático. Al menos, eso pensaba la Madre Florentina, quien me castigaba día sí y día también por alborotar a mis compañeros de habitación durante las noches. Porque la verdad, sin quitarle parte de razón, es que disfrutaba acongojándolos mientras me inventaba historias de miedo sobre espíritus que vagaban por los largos pasillos del hospicio, dejándome invadir por la imaginación desbordante y las risas que despertaba en los demás.

La última etapa que pasé en aquella estancia gubernamental, con los ocho años recién cumplidos, no fue fácil de superar para mí, pues cerrar una etapa con el desenlace de una muerte trágica y la posterior pérdida de un amigo fueron situaciones que me costó borrar de la cabeza. Sin embargo, antes debo explicar cómo llegué a esa tesitura que comenzó a transformarme hasta llevarme fuera de esos muros.

Durante una mañana atípica de la primavera de 1982, con el cielo gris, las nubes apretadas y la llovizna fresca anunciando el retraso estacional de aquel año extraño, se erigió el primer cimiento de mi destino. Ese día, en concreto, hacía como que jugaba al fútbol en el patio. Y digo hacía porque por culpa de una pierna enferma que lastraba desde el nacimiento solo valía para hacer de bulto bajo el travesaño de la portería como mucho. Pero eso a mí no me importaba porque al menos me servía para sociabilizarme con los compañeros y no sentirme diferente a ellos.

Después de recibir un par de goles y de que algunos huérfanos se burlaran de mí como justa venganza por fastidiarles su descanso con los cuentos de terror, Iñaki, el mayor de los residentes, alérgico al deporte y a las relaciones sociales, se quedó quieto en mitad del recreo mientras sostenía una paloma tiesa entre sus dedos. Todos, sin excep-

ción, dejaron de prestarle atención a la pelota para contemplar, asqueados, a ese pequeño ejemplar de pico abierto y cuerpo desplumado que ya no volvería a volar. Yo, llevándoles la contraria, me abrí camino entre el corrillo de niños cojeando y me coloqué frente al cadáver envuelto por una euforia extraña. La misma que parecía desprenderse de los ojos de Iñaki mientras anonadado observaba al animal que él mismo acababa de matar.

—¿Qué le ha pasado? —me interesé.

—Ni idea. Supongo que le habrá atacado un halcón. Qué más da. Le he partido el cuello y adiós sufrimiento —contestó indignado por tener que conversar.

—¿Me lo dejas? —pedí extendiendo la mano.

—Todo tuyo, tullido —me insultó—. Yo me piro. Entiérralo o haz lo que te dé la gana —concluyó alejándose.

Los demás chicos, al ver mi actitud, se apartaron mostrando claros signos de repulsa. No obstante, yo sentí bienestar cuando la frialdad de ese ser entró en contacto con mi piel. Además, no me importó quedarme solo intentando entender su dolor perdido mientras pensaba en lo simples que somos y lo delgada que es la línea que separaba la vida de la ausencia.

Desde aquel día aparté el fútbol de mi tiempo libre y me dediqué a buscar por el patio cualquier bicho que pillase moribundo para disfrutar analizando la causa de su fallecimiento. Extraña y rara afición, lo sé, pero sumergirme durante segundos en esa oscuridad inexplicable a la que todos temen y descifrar el por qué de las cosas me encantaba.

A las pocas semanas, mi obsesiva conducta se hizo famosa en todo el orfanato, y eso extendió la voz de alarma por el edificio hasta que llegó a oídos de la directora. La consecuencia: esta me castigó sin salir al recreo durante un mes consecutivo recluyéndome en la biblioteca bajo la luz artificial de una triste vela. Supongo que la madre Florentina imaginó que aislándome en una habitación llena de libros, polvo y humedad me quitaría de la cabeza lo que los demás tutores consideraban una tontería infantil. Pero lo que

ella ni nadie sabían es que lo que para los demás eran fanfarronadas o absurdecos, para mí lo suponía todo.

Reconozco que apartarme del sol, del oxígeno puro y de la necesidad de descansar en el patio la media hora correspondiente me fastidió muchísimo. Pero dentro de los libros descubrí un mundo que desconocía por completo y compensaba, en parte, el castigo. En mi soledad aprendí a disfrutar de la lectura. Así que, mientras los demás niños le daban patadas al balón, reían y peleaban, yo viajaba a mundos increíbles con las aventuras policíacas que devoraba sin descanso. Además, por raro que pareciese, en aquel lugar lúgubre infestado de polillas y «cortapichas» también descubrí la amistad.

Lñaki, quien no había vuelto a cruzar palabra conmigo desde que conversamos en el patio el día del incidente con la paloma, tuvo que hacerme compañía por haberle pegado un puñetazo a Don Enrique, el maestro que nos enseñaba filosofía. El desenlace, tras la fuerte riña: sentarse a mi vera, compartir el candil y leer. Lo bonito: la cercanía que descubrimos el uno con el otro, a pesar de la gran diferencia mental y de edad que teníamos.

Lñaki era un chaval de quince años, metro noventa, mentón prominente, mirada penetrante, unas manos tan grandes como la pala de una excavadora y que nunca tuvo la suerte de ser adoptado. Quizás porque su carácter apático no les agradaba a esos futuros padres que le visitaron más de una docena de veces o quizás la razón principal radicaba en que él mismo era quien no quería salir de allí por la unión especial que sentía con la Hermana Teresa. Por ella, precisamente, se peleó con el profesor que, según él, se insinuaba con descaro a la monja cada vez que tenía oportunidad.

Fuera como fuere, el caso es que Lñaki estaba allí desde antes de que yo naciera, y esa aparente brutalidad física que asustaba a todos se tornaba delicada y meticulosa cuando buceábamos en la intimidad de las páginas silenciosas de los libros. Yo me bebía todas las novelas criminalistas que, por extraño que parezca, había en las estante-

rías. Porque esa es una de las magias que hay encerradas en las bibliotecas, que puedes hallar libros de muchas temáticas dispares, aunque esta se encuentre dentro de un orfanato religioso y cristiano a más no poder. Él, por atípico que pareciese, releía una y otra vez la Sagrada Biblia. Sí, era curioso, pero al gigante le encantaba memorizar los pasajes más estrambóticos y cuestionables de los apóstoles. La razón: me confesó que quería caerle en gracia a la Hermana Teresa, su amor platónico.

Aunque dentro del orfanato sobrellevaba las responsabilidades como podía, era feliz. Hasta tal punto que comencé a tomarle cariño a la pesada de la directora porque entendí que su rectitud educativa no era por maldad, sino por todo lo contrario. No obstante, ese microscópico mundo perfecto que creé se vino abajo por culpa de dos acontecimientos que guiarían mi camino fuera de esas paredes poco después. Primero, el inesperado suicidio de la Hermana Teresa. Segundo, la pérdida definitiva de Lñaki y, por consiguiente, de su amistad.

No sabría decir qué afectó más a mis principios durante esos días, ya que la inoportuna despedida de la novicia me dejó, al igual que a todos, lleno de inquietud. Aunque perder el apoyo de mi único amigo también fue un duro golpe del que me costó recuperarme.

A pesar de todo, una pareja de Castilla y León se hizo cargo de mí unos meses después. Raquel y Luis, dos cuarentones frustrados e ilusionados con la idea de tener ese hijo que la naturaleza no pudo darles. Un hombre y una mujer que, para mí, serían un estorbo más que una alegría, debido a traumáticos sucesos. Aunque también el paso definitivo para colocar otra piedra más sobre el castillo que me llevaría a convertirme en la persona que soy.

CAPÍTULO 2

Terminando la década de los ochenta, cuando ya había dejado muy atrás la concurrida ciudad de Bilbao, mi alegría se contenía hasta la llegada del fin de semana. Es posible que esa apreciación sea lo normal para un niño que tenía trece años, pero esa necesidad no buscaba eludir las responsabilidades propias de la edad o evitar la incómoda banda sonora del despertador anunciando la rutina escolar. Es más, ni siquiera quería destrozarme los dedos jugando a la *Sega Mega Drive* como hacían el resto de los chicos. La urgencia, por llamarlo de alguna manera, se presentaba en huir hacia el bosque de Tierra de Pinares junto a mi abuelastro, Francisco, y sentirme libre de los cuchicheos vecinales y de la porquería que se vivía a diario dentro de mi casa.

Lo cierto es que por aquel entonces no tenía una buena relación con Dios. Es más, hasta le profesaba cierta tirria, pero las circunstancias me brindaron la oportunidad de cambiar ese detalle durante una tarde de luz tenue y apagada. Recuerdo que ese día cayó en domingo. Concretamente, en el típico atardecer donde el sol se despide antes de que las agujas del reloj sobrepasen las seis y media. Mi abuelastro, apoyándose en el bastón rudimentario y arqueado que siempre le acompañaba, se acercó hasta mí a través de la maleza mostrándome uno de los mejores recuerdos que aún conservo de él: su expresión afable. Y con ella se inició una espiral que, sin saberlo, marcaría mi futuro como niño, como hombre y como persona.

—¿Qué tal, Moisés? ¿Te lo has pasado bien hoy? —se interesó.

—Sí —le contesté sin poder ocultar la mentira de mis labios.

—¿A qué viene esa cara? ¿Aún estás enfadado por lo de la misa de esta mañana? La verdad es que don Gregorio se ha pasado contigo, pero lo ha hecho por tu bien. Estar

siempre solo no es ni bueno ni justo. Todos necesitamos de todos.

—No es eso, aunque es verdad que el cura me ha presionado haciéndome leer delante de los demás. ¿Es que no sabe que voy a la iglesia obligado?

—Ya sé. No has encontrado ningún animalillo para practicarle tu autopsia particular, ¿verdad? —prosiguió evitando el tema de la Santa Misa que tanto me irritaba.

—Sí, el cadáver de una ardilla.

—¿Entonces?

—Pues que no quiero volver a casa, abu. Y ya sabes por qué.

—Raquel, ¿verdad?

—No me gusta estar con ella desde que pasó eso. Siempre triste, ausente. Parece un zombi.

—Raquel está pasando una etapa de su vida muy complicada. Te lo digo yo, que soy su padre.

—Complicada, sí —añadí sin ganas de ahondar en el asunto.

—Ella luchó mucho para adoptarte, ¿sabes?

—Sí, supongo.

—Debes entender que solo es una mala racha y que se recuperará. Ten paciencia y dale una oportunidad. Se lo merece.

—Yo no tengo la culpa de que esté todo el día tomando pastillas.

—Claro que no, pequeño.

—Sé que la quieres, pero... —comenté sincero.

—¿Pero?

—Mamá está —Hice una pausa por no hacerle demasiado daño— loca.

—Estás muy equivocado, ¿sabes? —aseguró.

—Cambiemos de tema, por favor.

—Como quieras, aunque espero que algún día borres esa tontería de tu cabezota.

—Claro, algún día —comenté entristecido.

—Si quieres, puedes hablar con Él. Así tendrás intimidad para desahogarte y encontrar una solución a tus problemas.